

# «RESPONDER EN ESTOS MOMENTOS CON EFICACIA EVANGÉLICA»<sup>1</sup>

La propuesta del obispo Angelelli, cuando ya transitaba el gobierno dictatorial de 1976, no fue escuchada. Los argentinos y argentinas padecimos no sólo el desmantelamiento de la institucionalidad democrática a partir del 24 de marzo de 1976, sino el imperio del plan económico impuesto a sangre y fuego para beneficio de los poderes económicos, con hambre y miseria para las mayorías populares.

Nuestro obispo mártir reclamaba la “unidad” como requisito urgente para una respuesta con eficacia evangélica, especialmente a sus hermanos del episcopado argentino, que le cerraron la puerta en la Asamblea episcopal de esos días. Era lo que requería el grave momento político de la Argentina. Y la ciudadanía y el país en todos sus rincones sufrieron el terrorismo de estado en lo político, lo económico y lo cultural (ver en este número los comentarios de Duhau y Baronetto a *La verdad los hará libres*).

Los 40 años de democracia hasta el presente se han mostrado insuficientes para reparar los daños y sufrimientos causados. No hubo unidad en el episcopado argentino; y sus conductas han sido puestas ahora a la luz con el desarchivo de su propia documentación. Loable hecho que de por sí debiera obrar para nuevas conductas de compromiso que eviten la ruptura social, que nuestra democracia aún no ha podido, no ha querido o no ha sabido reparar. Más aún, ha quedado en evidencia que la misma institucionalidad democrática ha reducido su calidad por la propia incapacidad de sus poderes institucionales, a través de sus dirigencias políticas, judiciales, empresariales o representantes de distintos sectores, para dar respuestas que restituya la dignidad y la justicia en los y las ciudadanos argentinos, especialmente a esas enormes mayorías ignoradas en las orillas urbanas o en los lugares más recónditos y olvidados del país.

En esa realidad que lastima gravemente a los más pobres, no es menor la responsabilidad de los cristianos. “Responder al momento con

---

1. Carta de Enrique Angelelli a Lola Llorente, 7/5/1976. Ver en este número: Luis M. Baronetto: “Lola Llorente No se quedó a orillas de las acequias”.

eficacia evangélica” implica el oído al pueblo, pero para contribuir a encontrar soluciones. El parámetro de la “eficacia evangélica” son las acciones concretas y cotidianas, capaces de consolidar transformaciones sociales, sin olvidar que estas requieren el compromiso personal y organizado. “Dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, visitar al preso, dar alojamiento a los sin techo”, no son acciones circunstanciales y esporádicas. Para ser acreedoras de la “eficacia evangélica” requieren, además de las respuestas inmediatas, erradicar de fondo el hambre, las carencias sociales, la falta de vivienda y tantas otras necesidades, que padecen unos, y son provocadas o toleradas por otros. Por eso la eficacia evangélica puede implicar riesgos y conflictos, como el asumido por los mártires, con la seguridad de que “no podrán matar nunca la fuerza del Espíritu Santo” (Angelelli). Bueno es recordarlo en este Pentecostés, con el cimbronazo que abrió las puertas, arrojó a los apóstoles afuera y los obligó a predicar en lenguajes que el pueblo entendió porque era su propia realidad. Lenguajes de palabras y acciones: “Levántate y camina”.

No pocas veces constatamos escenas sociales de necesidades y conflictos que se pretenden esconder, con mensajes y prácticas de espiritualismos etéreos que evaden y vacían la fe de Jesús. O como lo hacen los poderosos medios de comunicación, que a veces dan espacio a las palabras, pero se escandalizan o incomodan cuando los pobres y quienes los acompañan hacen visibles sus necesidades y reclamos por sus propios medios en calles y plazas.

Es probable que la dura realidad actual esté exigiendo que las palabras proféticas, especialmente de quienes puedan ser escuchados, sean acompañadas por gestos o acciones colectivas que sensibilicen y convuelvan a los responsables de las penurias y quienes promueven las injusticias.

La eficacia evangélica incluye comprender que los pasos concretos que se hacen, son parte de un recorrido que puede ser más largo de lo que se quisiera. No pocas veces las dificultades, los errores, las propias deficiencias y las acciones contrarias al rumbo elegido, obligan a saltar las piedras, esquivar los escombros y despejar los obstáculos. Pero el mismo andar enseña que se puede avanzar aún con ciertos retrocesos, si existe la convicción en el proyecto común de las bienaventuranzas, que implica asumir la construcción de la fraternidad, enfrentando los conflictos con la decisión de conseguir la paz mediante la instalación de la justicia. No hay “eficacia evangélica” si a los pobres se les niega

la posesión de la tierra. El martirio de Wenceslao Pedernera nos enrostra esa realidad. Pero la prisión perpetua a uno de sus asesinos y los testimonios escuchados en el juicio por su crimen, aportan aliento en el caminar de los movimientos campesinos (ver en este número: Luis M. Baronetto: *Sentencia por el crimen de Wenceslao Pedernera*).

El desafío es “responder en estos momentos”, cuando en el horizonte del país pareciera agrandarse el abismo oscuro e incierto para los empobrecidos, con promesas de futuros que ya fueron conocidos en el pasado y sólo acarrearon mayores males. No se trata de dejar para el “más allá”, lo necesario y urgente del “más acá”. Se puede modificar la realidad si con los esfuerzos por seguir marchando, en las comunidades, organizaciones y movimientos, se despierta y consolida la conciencia sobre la necesidad de transformaciones profundas destinadas a revertir las situaciones de pobreza que se han agudizado en estos meses. Y un rotundo y activo NO a los cambios que van en detrimento de los que menos tienen; y pretenden facilitar la acumulación de riquezas en los mismos de siempre (ver en este número el Dossier *Situación socio-política actual: ¿se puede transformar la realidad?*).

El mes de los mártires nos encontrará en diversas actividades que nos invitan a hacer memoria de lo vivido. Tendremos que discernir si lo andado tuvo la eficacia evangélica necesaria; o merece una reflexión sincera para encontrar las propias debilidades como cristianos y como pueblo, prestando más atención a quienes en el trayecto hemos olvidado o hemos dejado a un costado. Si el mensaje no se entendió, porque se habla en lenguajes incomprensibles para los que tendrían que asumir nuevos protagonismos, habrá que desarrollar la creatividad en una batalla cultural, que no se reduce a las fronteras cercanas, sino a realidades más universales y desafiantes. En todo esto, la “eficacia evangélica” deberá garantizar la centralidad de los empobrecidos. De allí los esfuerzos de unidad, de organización, de gestos solidarios, de múltiples aunque pequeñas acciones, que abonen la esperanza en resultados que deben reflejarse en las mejores condiciones integrales e integradas de vida de todas y todos. Eficacia evangélica es eficiencia en la lucha contra la pobreza en todas sus dimensiones. Espiritualidad de los cuerpos, y materialidades del Espíritu. No sólo el pan, pero también el pan. No sólo la felicidad, pero también la felicidad.

*Junio 2024*

*Equipo Tiempo Latinoamericano*